

—Eso me viene de perilla; yo, antes de entrar en *quinta*, estaba de criado en una botica, donde hice progresos tan rápidos, que mi amo descuidaba completamente la farmacia cuando Manolo Balboa estaba en la tienda.

—Yo me felicito de hallar un compañero.

—Es que un día, cuando menos lo pensaba, se presentó la autoridad disfrazada, pidió una receta, y la despaché con tal acierto, que mandaron cerrar la botica y á mí se me prohibió desempeñar la profesion.

—Venga un abrazo, amigo mio! dijo con entusiasmo Gonzalez, estamos á la misma altura en la ciencia de Galeno.

—Quién es ese señor? preguntó el andaluz.

—Siempre está mas atrasado que yo, murmuró Gonzalez.

—Echémonos fuera de la posada y busquemos á los camaradas.

—Sí, respondió Gonzalez, que estoy inquieto con el lance de los cazadores de Africa.

Los dos amigos salieron del meson, pero á los primeros pasos notaban que algo de grave iba á acontecer.

La ciudad tenia un aspecto sombrío, las puertas y ventanas de las casas estaban cerradas, y á la gente parecia que la tierra se la habia tragado.

Algunos oficiales atravesaban á escape por las calles.

Los dos amigos vieron á los *enfermos* franceses apoderados del hospital de San José y confirmaron sus sospechas.

Dirigiéronse inmediatamente á su alojamiento luego que oyeron ruido de tambores.

Las tropas francesas se apoderaban de la ciudad y una turba de emigrados y gente perdida de la hez de la reaccion, que es cuanto puede decirse.

—Estamos divertidos, decia el andaluz, donde me pesquen me entregan al general Prim y me truenan sin remedio.

—Eso seria lo menos, respondió Gonzalez.

—Seria lo mas, camarada, replicó vivamente el andaluz.

CAPÍTULO XV.

De la manera con que se confecciona un Gefe Supremo.

I.

Santiago Gonzalez y Manolo Balboa seguian apresurados en su camino hasta entrar en Orizava, donde creian encontrar á sus compañeros.

—La tierruja anda revuelta, decia el andaluz.

—Vamos sobre fuego, amigo mio, usted no conoce el país, aquí se juega la vida tres veces por hora.

—Caracoles, esto no pasa en España, allí se muere uno en toda regla; pero no importa, donde se me suba á la cabeza todo lo Manolo, hago una que suene.

—Mas vale que no se le suba á usted nada, porque en un descuido nos ahorcan.

—Solo porque usted me lo suplica, me estaré quedo; pero tentaciones me dan de arremeter, y ---- puñalá! ----

—Entérese usted primero del terreno que pisa y luego hable ó haga lo que le parezca, entre tanto, ya sabe por lo que pueda ofrecerse, que es usted ayudante del Cuerpo médico.

—Esto es inconcebible, proseguía Gonzalez, solo viéndose se puede creer una acción tan horrible, esto va á costar mucha sangre, y vive Dios que la mía la tengo por algo y para estos lances, luego que caiga la noche nos marchamos.

—Sabe usted, dijo el andaluz, que como sigan las aventuras dejamos la piel en manos de estos caníbales.

—No es nada difícil, estamos de malas y el país se revuelve como una ensalada.

—Como no nos rebanen para componerla, replicó el andaluz, todo está bueno.

—Esta noche nos ponemos en salvo, estando con los nuestros es otra cosa; ya verá usted como varía el negocio.

—Ya lo deseo, querido, esto de andar á saltó de mata no es nada divertido.

II.

Las campanas de la ciudad se soltaron en un repique á vuelo para atraer á la población que estaba encerrada en sus habitaciones.

El pueblo comenzó á escurrirse por las calles lleno de curiosidad.

La pandilla que ya hemos descrito, y entre la que se registran hasta frailes exclaustros, se aglomero como una parvada de zánganos, y estendió una acta de *pronunciamiento*.

Ya sabemos que la antigua monomanía de los conservadores es estar redactando planes que abortan á los pocos pasos.

El *plan* tenia su novedad: era un juego diplomático por el cual los franceses legitimarian su permanencia en el país.

Ya Saligny en las conferencias de Orizava habia dicho claramente, que la Francia apoyaria el *voto libre* de la nacion y al gobierno que de él dimanara.

No podia dudarse del inícuo proyecto de Napoleon III.

Los aliados no quisieron comprometerse obligando á Saligny á cumplir lo pactado, y lavándose las manos tornaban violentamente á sus naves.

Volvamos á los agentes del motin intervencionista.

Los franceses les dieron ya escritos los artículos del *plan*, que encerraba la idea mas peregrina que ha salido de las indigestiones diplomáticas.

No tememos fastidiar á nuestros amables lectores con la insercion de este documento curioso, toda vez que ha de llevar algo de histórica nuestra novela.

“Acta levantada en la ciudad de Orizava, proclamando el plan salvador de la nacion mexicana.

En la ciudad de Orizava, á los veinte dias del mes de Abril de mil ochocientos sesenta y dos, reunidos los señores gefes, oficiales (?) y vecinos que suscriben esta acta, teniendo á la vista las proclamas que se publicaron en la ciudad de Córdoba por el escelentísimo señor general en gefe de las fuerzas francesas, y benemérito general D. Juan N. Almonte, por las cuales se ve que ningun peligro corre la independenciam de nuestra amada patria, como los enemigos del orden han querido hacer creer; sino que antes bien, se asegura con la cooperación de las fuerzas francesas, que facilitan igualmente el establecimiento de un gobierno de orden y moralidad, resolvieron adoptar el siguiente programa político:

Art. 1.º Se desconoce la autoridad del titulado presidente de la República D. Benito Juarez.

Art. 2.º Se reconoce al Exmo. Sr. general D. Juan N. Almonte como gefe supremo de ella y de las fuerzas que se adhiran á este plan.

Art. 3.º Dicho escelentísimo señor general queda facultado ámpliamente para entrar en un avenimiento con los gefes de

las fuerzas aliadas que actualmente se hallan en el territorio de la República, y para convocar una asamblea nacional, que tomando en consideracion la deplorable situacion en que se encuentra el país, declare la forma de gobierno que sea mas conveniente establecer en él para cortar de raíz la anarquía, y proporcionar á los mexicanos la paz y el orden que hace tanto tiempo desean, á fin de reparar las pérdidas enormes que han sufrido durante la guerra civil que por tantos años ha destrozado á la República entera.

Art. 4.º Se pondrá en conocimiento del Exmo. Sr. general D. Juan N. Almonte esta acta, y se le manifestará al mismo tiempo la entera fé que abrigan los que suscriben de que S. E. no negará en tan solemne ocasion sus servicios á la patria, que hoy mas que nunca los ha menester con urgencia.

Y habiéndose rectificado en los dichos artículos, firmaron esta acta en la fecha referida, acordando pase una comision nombrada á ponerlo en conocimiento del escelentísimo señor general en jefe de las fuerzas francesas, conde de Laurencez.

Los nombres que siguen al calce de este ridículo documento no importan á la historia, ni nosotros queremos consignarlos; baste saber que pasan por anónimos en la sociedad y que entre ellos no se encuentra uno solo que merezca la pena.

He aquí la primera página de esa *intervencion*, que terminaria como la proyectada anexion de Santo Domingo.

En Córdoba se hizo tambien un pronunciamiento, y en Veracruz, no contando con persona alguna que quisiese suscribir la venta ignominiosa de la patria, se extendió una *manifestacion* y todo quedó arreglado.

Los franceses no necesitaban mas que esa farsa para declararse el apoyo de la *voluntad* nacional.

Aquella farsa concluyó con una proclama de Almonte á los *habitantes pacíficos* de Orizava, y otra de Laurencez dispensando una gran proteccion á este desdichado país, y desposándose con la nacion mexicana como el Dux de Venecia con el mar.

III.

El andaluz y el estudiante se mezclaron ya caida la noche en el victor, que parecia mas bien un *convite* de maroma que una azonada política.

La turba los tomó por partidarios de la intervencion, y ellos no se dieron por entendidos.

—Ya derribamos á Juarez, decia un viejo escualido mas reaccionario que Fernando VII; ya nos empachaba tanto *ciudadano*; á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. El Exmo. Sr. general Almonte merece estos dictados y otros mas que le pondremos.

—¡Viva el gefe supremo! gritaba un regordete mofletudo; de aquí vamos á la monarquía que volamos; á ustedes les consta que yo he detestado siempre á la república.

—Y yo tambien! gritó el andaluz; ¡viva la reina!

Santiago Gonzalez le dió un pisoton tan fuerte á su compañero, que le hizo ver las siete lunas de Saturno.

—Figúrese usted que con el apoyo de S. M. Napoleon III, no nos quita nuestros empleos ni el Preste Juan de las Indias.

—Ese es el negocio, respondió el reaccionario; primero la religion y luego el empleo.

—Como que la campanilla del Viático me hace una falta grandísima, contestó el mofletudo.

—Yo, de que no veo los *cerquillos* de los hijos de nuestro padre San Francisco, no estoy contento.

—Como que es franciscano *mi confesor*, dijo Gonzalez muy compungido.

—Mi esposa, añadió el reaccionario, no sale de la iglesia, ni de la sacristía; yo la dejo, porque eso sí, los padrecitos son mas virtuosos que San Antonio, cierto es que algo me cuestan los

obsequios; pero en cambio, me dan tantas indulgencias benedictiones, que estoy saturado de santidad.

—Uno es uno y otro es otro, repuso Gonzalez; yo soy liberal, pero con venerable clero y con fueros, y sin tolerancia de cultos ni registro civil.

Seguia aquella danza intervencionista, hasta que las músicas se fastidiaron, y á la vuelta de una esquina desertaron los clarines y dejaron sola á la tambora y al serpenton.

Las campanas enmudecieron, y los vecinos cerraron sus balcones y ventanas, cansados de una cencerrada tan espantosamente ridícula.

—Ya es hora, dijo Santiago Gonzalez á Manolo Balboa; podemos marchar impunemente; ya nos la pagarán estos beatos.

—Amigo, en cuanto á la religion y á la monarquía, yo estoy de acuerdo.

Santiago Gonzalez trató desde ese momento de desprenderse del andaluz, y dejarlo en las hastas del toro.

—Marchemos, porque estamos corriendo un noventa y nueve por ciento.

—Y quién me paga mi sueldo? preguntó Manolo.

—El Ayuntamiento, amigo mio, en eso no hay duda; voy á poner la papeleta, y va usted á cobrarla para que tengamos dinero para el camino; en la casa del prefecto está la pagaduría, no obsta que sea de noche; toca usted hasta que le abran, que necesitamos la mosca.

—Arreglado.

Llegaron al meson, y Santiago puso un recibo en toda regla que le entregó á Manolo, quien directamente se encaminó á la casa del prefecto.

Luego que el andaluz volvió la espalda, el estudiante ensilló los caballos, cargó el equipaje en el de Manolo, y saltando ligeramente, tomó rumbo al pueblo de Acultzingo, donde estaban situadas las fuerzas del general Zaragoza.

Manolo Balboa, despues de preguntar á todos los transeuntes que encontró al paso por la casa del prefecto, llegó á la puerta, que ya estaba cerrada á macha-martillo.

Tocó de una manera tan desesperada, que el viejo portero se levantó.

—Quién? dijo de mal humor.

—Quién ha de ser? contestó el andaluz, Manolo Balboa.

—Y qué se le ofrece á Manolo Valdes?

—Balboa, si usted gusta.

—Bien, ¿qué quiere?

—Vengo por el sueldo mio y de Gonzalez.

—Aquí no se paga á nadie.

—Camarada, usted no sabe lo que se pesca, yo soy soldado.

—Y qué me importa?

—Despierte al señor alcalde, y dígame á su merced que lo necesito.

—Está durmiendo.

—Por eso mismo le digo que lo despierte.

—No puedo, luego se incomoda.

—Pues que se incomode.

—Usted se ha equivocado, váyase á su cuartel.

—No me da la gana, abra ó echo abajo la puerta.

El andaluz siguió dando tales golpes á la puerta, que el prefecto se despertó é hizo entrar á Balboa.

—Qué le quiere usted á la autoridad?

—Que me pague esta papeleta.

El prefecto vió aquel recibo, y despues al andaluz.

—No es bueno? preguntó Manolo.

—No sé de qué se trata.

—Está claro, de pagar; ¡pues me gusta la pregunta!

—Quién es usted?

—Ya se lo dije al diablo del portero, soy Manolo Balboa, desertor del ejército español y amigo de México.

—Preséntese usted en el cuartel inmediato.

—¡Caj yo no me presento, tengo que reunirme con la tropa de un tal Zaragoza.

El prefecto habló al oído al portero, y éste salió violentamente.

—Conque usted se ha desertado? preguntó el prefecto.

—Ya lo sabe todo mi regimiento á estas horas; yo soy de mi general Prim, un médico me sedujo, y ya cambié de bandera, eso es cosa demasiado sencilla.

—Y usted es liberal?

—Gasto todito el sueldo y no he guardado nada para los padres.

—Y qué piensa usted hacer en México?

—Lo que estoy haciendo, cobrar el sueldo, y luego lo que me manden.

Es un desgraciado, pensó el prefecto.

El portero llegó con dos oficiales.

—Qué manda el señor prefecto? preguntó el de mas graduacion.

—Este soldado español se ha presentado y quiere servir en el ejército.

—Ni mas ni menos, respondió Manolo.

—Con permiso de usted me lo llevo.

—Vamos, dijo el andaluz, solo que necesito ir por mi equipaje al meson.

—Acompáñenle ustedes.

—Y la paga?

—Ya la tendrá usted inmediatamente.

—Mejor.

Los oficiales se dirigieron al meson.

El andaluz entró en el cuarto, y hallándolo escueto, le pareció que se había equivocado y registró todo el alojamiento.

—Diablo! mi compañero ha volado con todas mis prendas, ó el cuarto se ha perdido; lo que siento es mi cruz de Africa, aunque se la han dado hasta á los que fueron de *mirones*, música y acompañamiento. Marchémonos en seguida, porque ese diablo de mediquin se las ha guillado hasta con mi jaca; ¡y para esto sirven los gefes supremos!-----

Manolo Balboa quedó filiado en un proyectado batallon que nunca llegó á completarse, y en calidad de sargento *furriel*.

CAPÍTULO XVI

En el momento de salir de la casa de su familia, que estaba situada en la calle de San Juan, se encontró con un hombre que le pareció conocido. Este hombre le dijo que se llamaba don Juan de Dios y que era el hermano de su madre. Don Juan de Dios le dijo que se había casado con una mujer que era muy hermosa y que tenía un hijo que se llamaba don Juan de Dios. Don Juan de Dios le dijo que se había casado con una mujer que era muy hermosa y que tenía un hijo que se llamaba don Juan de Dios. Don Juan de Dios le dijo que se había casado con una mujer que era muy hermosa y que tenía un hijo que se llamaba don Juan de Dios.

do suave como una gamuza, á mas andar dió una esperanza al mancebo, que no cesaba de requebrarla, y acabó por creer que lo amaba.

Entonces los dos jóvenes se levantaban con la primera luz, ataban á la vaca y la ordeñaban, hacian quesos, daban de comer á los pollos, y se decian piropos que era una gloria.

D. Luis de Aguilar era una persona despreocupada, y veia aquellas *camelaciones* con indiferencia, mientras la señora decia á su hijo: Guilebaldo, ten mucho cuidado, la mexicana es muy capaz de volverte loco, si te quieres casar, dímelo con franqueza para enviarte á Matamoros á trabajar cinco años y despues consentir en tu matrimonio.

Guilebaldo, á quien agradaba mas la vida pastoril á la Pablo y Virginia, juraba á mil cruces que amaba á la niña como á una hermana.

Doña Juliana ex-Mondoñedo avivaba mas el fuego de aquella hoguera diciendo á la jóven: Isabel, te conviene casarte con Guilebaldo, estos *jarocho*s están podridos en pesos, aunque los veas en caballos mas flacos que las muletas de tu padre el Sr. Torre-Mellada, tienen su *guardado*; ademas, que el novio es buen muchacho, cierto es que la inteligencia no es su fuerte; pero los hombres que piensan mucho son muy peligrosos, y á los brutos se les domestica con mas facilidad; yo lo sé por experiencia.

—Señora, contestaba Isabel, yo no soy imán del dinero; pero amo á Guilebaldo, él me ha ofrecido robarme como preliminar de matrimonio, pero yo ya estoy escarmentada, y les tengo tanto miedo á los *nobles* como á los *bellacos*.

—Es cierto, observaba doña Juliana, aquí eso no seria ni aun siquiera escandaloso, porque no hay poblacion, ni donde tomar un chisme ni aun para remedio.

Presentóse Guilebaldo en aquellos momentos.

Era un jóven de veintiun años, gordo, de ojos grandes, frente pequeña, pies deformes embaulados en unas botas de venado, cuerpo bajo y regordete, por lo demas, era simpático.

CAPITULO XVI.

Sigue la historia del tercer aparecido.

I.

En el pueblecito de San Gerónimo, que está situado á la izquierda del camino de las Cumbres de Acultzingo, estaba albergada en una de sus casucas la familia de D. Luis de Aguilar, que tenia un *ranchito* próximo al pueblo.

La familia se componia de una señora avanzada en edad, y de un jóven, moceton robusto y bien acondicionado.

D. Luis era hombre franco, y dispensaba generosa hospitalidad á una señora llamada doña Juliana, viuda de Heráclio Mondoñedo, y á una jóven que ya conocen demasiado nuestros lectores.

El mancebo le hacia el amor á la muchacha, lo que está muy puesto en razon, si se atiende á que vivian enteramente solos en la ranchería, y no habia en que ocuparse que diera mejores resultados.

La jóven comenzó por hacer dengues, despues se fué hacien-

—Ya vino usted del potrero? preguntó Isabel.

—Pues nó, respondió el mancebo, como que no puedo estar sin ver á usted una hora, con permiso de doña Juliana.

—Yo estaba triste extrañando á usted.

—Toma! con mayor razon picaba con las espuelas al tordillo, diciéndole, camina, maldito, que vamos á ver á nuestra novia.

—Lo dicho, pensó doña Juliana.

Y despues, para aguijonear al mancebo y estrecharle al matrimonio, dijo en voz alta:

—Estas pequeñas ausencias son tortas y pan pintado; cuando nos váyamos, que ha de ser muy pronto, entonces verán lo que es bueno.

—Vea usted, señora, primero me dejo caer de la primera cumbre, que separarme de Isabelita; yo no he conocido hasta ahora mujer que me haya *petado* mas en la vida; mi madre me ha dicho muchas veces: Guilebaldo, tu prima Tomasa no te vendria mal para casarte; pero es que no tiene esos ojos, ni esa boca, ni todo eso tan lindo que tiene Isabelita; por eso he dicho: si no quieren dejarme casar contigo, vámonos, y en el próximo curato nos presentamos, y nada mas con que nos echen el *garabato*, es cosa hecha, la doña Juliana nos servirá de madrina y ya está el cuento acabado.

—Pero usted no cuenta con dinero alguno, Guilebaldo, observó doña Juliana.

—La cosa es clara, repuso el mancebo; yo tengo en mi poder todo el dinero de la cosecha, me lo presto, que hay despues lo pagaré; ademas, que mi abuela me dejó las tierritas, y yo soy el único dueño, y que yo de que *cabeceo*, nadie me saca de lo que digo; conque si usted nos acompaña para que no se hable del *deshonor* de Isabel, no tenemos mas que hablar.

—Yo estoy dispuesta á todo, pero ignoro si esta niña consentirá.

Isabel meditó un rato, y considerando lo triste de su situación, y lo poco de amor que le tenia al mancebo, dijo:

—Pues mañana saldremos de San Gerónimo, y no pararemos hasta Puebla, donde nos presentaremos al registro civil.

Guilebaldo tiró el sombrero á lo alto é hizo media docena de barbaridades para solemnizar tan fausto acontecimiento.

II.

El lector querrá saber cómo la hija del inválido Torre-Mellada se encontraba en el pueblo de San Gerónimo.

Cuando Isabel supo el casamiento del conde del Jaral, y no encontró en su derredor mas que personas que por su situación no podian prestarle ayuda, y sí rodearla de acechanzas en las cuales tarde ó temprano tendria de caer, se salió al acaso de la habitación de los estudiantes, comenzó á correr las calles sin rumbo, hasta que dió con uno de esos beatos tan aficionados al sexo hermoso, que comenzó á seguirla sin dar sospechas al público, pues nadie adivinaba á un galan oculto en una capa larga, bajo un sombrero piramidal, y con unos cuellos de camisa capaces de aparejar tres fragatas de guerra.

—Dispense usted, criatura, decia el devoto, yo la acompañaré, hay muchos escollos en el mundo y usted tiene unos ojos pecaminosos, yo la dirigiré á usted por buen camino; vamos, contenga el paso que ya saco la lengua de cansancio.

Isabel, que por mucha escuela militar que tuviese, era una niña, se aterrorizó con los galanteos del devoto y penetró en una casa de vecindad, subió la escalera y se entró por la primera puerta que encontró abierta.

—Qué se ofrece, señorita? preguntó la dueña de la casa, que era doña Juliana.

—Señora, tenga usted compasion de mí.

—¿Se siente usted atacada de los nervios?
—Señora, soy muy desgraciada y necesito amparo!

Doña Juliana, conocedora del mundo, no vió tras de la faz de aquel semblante juvenil, nada por donde el aliento impuro de ese mundo hubiese pasado.

—Bien; cuénteme usted lo que le acontece, y dígame en qué puedo servirla.

—Por ahora, en librarme de un hombre que me sigue; mas tarde le contaré á usted mi história.

En esos momentos el devoto, que habia seguido á Isabel, entró en la casa de doña Juliana.

—Señor Rodriguez, usted por aquí?

—Mañana es día *primero*, y ya sabe usted que tengo que llevar la limosna para la misa de doce.

—Ya.

—Perdone usted, niña, no la habia visto á usted.

Isabel saludó con una inclinacion de cabeza.

—No conocia á la señorita, ¿es acaso parienta de usted?

—Sí, es una sobrina que ha llegado de Actopan.

—Y tiene padres?

—No, es huérfana.

—Puede haber un lugar en las Vizcainas, es necesario preservarla de los precipicios que abre á nuestros piés la malignidad humana.

—Es cierto.

—Las jóvenes, continuaba el devoto, están rodeadas de peligros; el aliento fétido de las pasiones ha marchitado mas flores que el invierno; esta casa no me parece á propósito, si usted gusta pasar á la mia, tendrá usted todas las garantías que son debidas á una niña recatada como usted.

—Gracias, dijo Isabel verdaderamente asustada.

—Y hará mucho tiempo que usted no se confiesa?

—Un año por la cuaresma.

—Un año! exclamó el devoto, hé ahí el fruto de la orfandad,

y del abandono, la pérdida de las creencias, la tibieza en la religion, y la falta de ánimo en las creencias católicas: ¡Dios mio! esta alma se pierde irremisiblemente.

El beato Rodriguez era uno de aquellos sérés que invocan impíos la santidad de la religion para el logro de sus pasiones groseras, uno de esos entes que prestan materia para desprestigiar una institucion; uno de esos hombres que pasan horas enteras arrodillados delante de los altares, y salen del templo para robar los bienes á la pupila, á defraudar una herencia, á despilfarrar en el secreto de sus vicios la herencia confiada á su buena fé, y á engañar á una familia para perderla.

De estos ejemplos se ven todos los dias y en todas las sociedades. Mas víctimas ha hecho la hipocresía que el vicio en su ostentacion.

Rodriguez trataba de apoderarse de la jóven á todo trance.

—Los impíos han cerrado los conventos; pero quedan aún nuestras casas para el asilo de la virtud y de la religion, decia el beato lleno de emocion.

Doña Juliana temió que Isabel condescendiese, y contestando á las ofertas del beato, le dijo que su sobrina lo pensaria, y que daria su resolucion dentro de tres dias.

Rodriguez se despidió protestando rogar á Dios por aquella infortunada, que no se habia purificado hacia seis meses en el tribunal de la penitencia.

III.

Luego que aquel demonio de la hipocresía abandonó la casa de doña Juliana, el señor Aguilar, que estaba de huésped, salió de las piezas interiores hecho un energúmeno.

—Señora, ese hombre es Lucifer, me faltaba la paciencia y estaba para reventar como una bomba y hacerlo pedazos.

—Señor de Aguilar, no haga usted aprecio de ese majadero,

es un devoto hipócrita; y yo no consentiré jamás en que la señorita vaya á su casa.

—Y quién es ese señor Rodríguez?

—Un abogado lleno de enredos, tutor de muchas jóvenes y hombre de tretas.

—Abogado! exclamó el señor Aguilar, no siga usted, ya está dicho todo; les tengo mas miedo á esas aves de pluma, que á una helada el día de Santa Rosa.

—Yo no sé cómo huir de ese hombre.

—Vea usted, doña Juliana, usted es mi comadre, yo la aprecio á usted mucho, y luego que sepamos quién es esta niña, nos la llevaremos á San Gerónimo, donde voy á recoger la cosecha.

—Señor, dijo Isabel, yo lo conozco á usted.

—A mí?

—Sí, lo he visto á usted en casa de mi padre alguna ocasión; por cierto que riñeron y desde entonces no tuve noticia alguna.

—Cómo se llama usted?

—Isabel Torre-Mellada.

—Bah! bah! dijo Aguilar, ya me esperaba este resultado; supongo que cuando menos la habrá arrojado á usted de la casa; ese hombre tiene un génio de demonio.

—Isabel no se atrevió á decir la verdad, y permaneció en silencio no queriendo calumniar al pobre inválido.

—Desde hoy no se separa usted de mí; yo debo sustituir á ese cafre en sus obligaciones; usted será mi hija, y yo me entiendo y bailo solo.

Doña Juliana estaba admirada.

—Mañana salimos á la madrugada para San Gerónimo, y usted irá con nosotros; supongo, Isabel, que no desconfiará usted de mí.

El acento de aquel hombre era tan franco, que la joven no dudó en entregarse á su destino.

—La presentaré á usted á mi esposa, que es una vieja esce-

lente, y á mi hijo, que es un guapo muchacho, buen mozo, honrado y trabajador.

—Yo acepto la proteccion de usted, caballero.

—No hay mas que decir; desde hoy forma usted parte de la familia; me encargo de todo, y mañana al amanecer partimos para San Gerónimo, doña Juliana irá en nuestra compañía.

—Acepto, acepto de mil amores, contestó doña Juliana; usted sabe que estoy cuasi viuda con la fuga de ese infernal gallego, á quien deseo cordialmente se lo trague un tiburón ó una ballena; ¡ingrato!

—Bien, bien, dijo el señor Aguilar, lo que importa es que el lagarto del abogado Rodríguez no vuelva á ver á la muchacha; ese devoto es mas peligroso que Mefistófeles.

—Ese señor debe ser muy malo, observó doña Juliana.

—Sí, señora, contestó con sorna el señor Aguilar, es de lo que hay poco.

A la mañana siguiente, cuando Rodríguez volvió á la casa de doña Juliana, la encontró desierta y con cédulas.

El devoto se mordió los labios de mohina y se tiró del cope-te; pero al observar que lo observaban, convirtió aquel acto del Mal-ladron en un símbolo católico, y comenzó á santiguarse.

Calóse el sombrero hasta las orejas, pasó su mascada varias veces por las mangas de su frac color de pasa, y salió de aquel edificio, murmurando en son de oraciones cuanta maldición tuvo á mientes y se le vino á la boca.

IV.

El señor Aguilar presentó á la joven, y fué recibida en el seno de su honrada familia.

Guilebaldo, á quien conocen nuestros lectores, se quedó con la boca abierta al ver la frescura y belleza de Isabel Torre-Mellada.

La pobre jóven, viendo perdidos sus amores con el conde, no quiso pensar mas en él, y desde luego se propuso flechar al infeliz aldeano, que cayó como un pichon á los piés de aquel gavilan.

Guilebaldo la veia con mucha atención, le hacia gracia cuando se reia, cuando estaba seria, cuando hablaba, cuando estaba en silencio; es decir, estaba acometido de mal de amores y atacado de todos los síntomas de tan horrible enfermedad.

Comenzó por levantarse tarde á consecuencia de sus vigiliass, descuidó el ganado, dejaba á vacas y becerros pasar juntos la noche, así es que la leche disminuia notablemente, lo que le costó una paliza al vaquero, dada en son de *moral* por el padre de Guilebaldo.

El mancebo preferia estar en casa á recorrer los campos sembrados, y su caballo, á fuerza de ociosidad, se habia hecho bar-rigon y perezoso.

Guilebaldo habia llegado hasta el extremo inconcebible de lavarse la cara todos los dias y peinarse, sacudir sus botas; esto si no tenia remedio, el hombre estaba de remate enamorado.

El domingo se ocultaba en un rincon de la iglesia y estaba "con un ojo al gato y otro al garabato;" es decir, un ojo á Isabel y otro al padre del sermon.

Isabel coqueteaba desesperadamente, y el infortunado jóven berreaba de pasion.

Una noche en que las señoras grandes se entretenian en contar *ejemplos*, los dos jóvenes paseaban en el corredor á la luz de la luna, como Norma y Poleon.

Aquel Poleon estaba de *calzonera* y sombrero *jarano*, lo cual no obstaba para sus amores.

Guilebaldo se resolvió por la quincuagésima vez á declarar su pasion á Isabel Torre-Mellada.

Rascóse la oreja, tartamudeó algunas frases, y al fin dijo con un arrojito desconocido:

—En segundo lugar, yo amo á usted, Isabelita.

—Y en primero, qué?

—Es decir, que yo la quiero y estoy desesperado, y me quiero casar y matar al mismo tiempo, y si usted me dice que nó, me ahorco; y si me da el sí, me desnucó; y si se queda callada, me estrello contra la primera roca del camino, allí hay una muy á propósito, ya la he examinado bien y espero que me responda luego luego.

—Lo pensaré, dijo Isabel, contenga usted entretanto su furia.

—Nada de esperas, esta misma noche ha de ser todo.

—Pues bien, dijo Isabel, compadecida de los sufrimientos del mancebo, si usted me promete amarme toda la vida, esta mano es de usted.

Guilebaldo se arrojó como un tigre hambriento sobre aquella delicada mano, y sin decir oste ni moste, le plantó docena y media de besos, mas bien mas que menos.

Doña Juliana oyó el fuego graneado, y dijo para su coletó:

—La plaza está tomada.

Desde ese dia el mancebo no pensó mas que en Isabel, y la jóven se sintió influenciada ante un amor tan grande.

La soledad del campo, y sobre todo, la presencia de una sola mujer y de un solo hombre, absorbió el sentimiento de los jóvenes, y se amaron.

Guilebaldo, con la amenaza de su señora madre, de enviarlo por cinco años á Matamoros, determinó romper el nudo gordiano y celebrar un enlace clandestino, á cuyo efecto dispuso el raptó de la jóven en compañía de doña Juliana, cómplice y medianera de sus amores.

A la mañana siguiente, 29 de Abril de 861, debia consumarse el segundo raptó de Isabel Torre-Mellada.